
EL EJERCITO REORGANIZADO POR EL GRAL. HUERTA.

La formidable obra creadora de la División del Norte, fué tan vasta y tan fecunda que trajo consigo la reorganización del ejército. En un extenso artículo publicado en "El País" el 23 de julio, el señor Miguel Ordorica, que en su doble condición de periodista, antiguo alumno de Chapultepec y exoficial del Ejército, está calificado para tratar asuntos semejantes, desarrolla el tema enunciado al principio de este capítulo (1).

A continuación extractamos parte de tan interesante artículo. Comienza el citado periodista examinando lo poco que significaba el Ejército al finalizar

(1) Ese artículo es un justo y ardiente panegírico del Señor General Huerta. Cuando yo a raíz de los triunfos del Divisionario en el Norte, publiqué el artículo laudatorio que sirve de prólogo a este libro, el Sr. Ordorica, Director de "El Ahuizote," me gratificó con una caricatura en que se me representaba esculpiendo la estatua del General Huerta, y en cuya leyenda se me llamaba *cortesano*. Nadie hubiera dicho entonces, sin embargo, que el vencedor del Norte sería Presidente.... Lo fué mucho más tarde; lo era ya cuando el Sr. Ordorica publicó su razonado y justo panegírico..... De lo cual nada deduzco, sino que los poetas solemos ser clarividentes y adelantar juicios que luego se adoptan, aunque al principio se discutan....

Por lo demás, celebro que el Sr. Ordorica, ocho meses después de escrito mi artículo, me haya dado plena razón al escribir el suyo, pensando quizás que ser tachado de *cortesania*, nada significa cuando se proclama una robusta verdad, y ante el vulgo ciego o malévolo o tardío, se glorifica a un hombre que merece bien de la sociedad y de la Patria.—J. J. T.

el Gobierno del General Díaz; lo mucho que dañó a esa institución el criterio antimilitarista del ministro Limantour; el estado del mismo Ejército después de la revolución maderista, y aun después del estu-
pendo fracaso del primer Rellano, y luego discurre así:

“Cuando Madero se decidió a recurrir a Huerta, la situación era terrible. Sin embargo, Huerta pudo salvar al Gobierno y el honor del Ejército. Huerta fué no sólo el salvador del Gobierno y del Ejército, sino también de la Sociedad. En aquellos días terribles en que la Nación se vió en el más grande desamparo, amenazada por una formidable invasión de orozquistas y zapatistas; cuando la capital de la República se sintió amagada por una arrolladora ola anárquica, que hacía temblar en sus palacios a los Poderes constituidos; cuando los capitalistas temieron por sus tesoros encerrados en los Bancos, Huerta, el soldado del pueblo, el hombre humilde, se puso a trabajar pacientemente, como él lo acostumbra, y puso los cimientos de granito a la obra que debía ser la mejor de su vida: “La División del Norte.”

La tropa con que contaba, lo que llamaremos como es costumbre, la “carne de cañón,” no era ciertamente veterana ni aguerrida. Estaba constituida la División en su mayor parte, por fuerzas irregulares reclutadas entre los cuerpos de foragidos que mandaban Emilio Madero, Aguirre Benavides y Cosío Robelo. Una mínima fracción la formaban elementos de leva, hecha a toda prisa, reclutas sin experiencia y que hubo necesidad de enseñarles el manejo del fusil a cuatro jornadas del enemigo; con estos elementos logró algo extraordinario, teniendo sólo dos mil quinientos hombres en Conejos, derrotar a **CATORCE MIL OROZQUISTAS!**

LA DIVISION DEL NORTE HA SIDO LA OBRA MAS COMPLETA DEL GRAL. HUERTA.

Pero supo escoger a sus oficiales, ésta fué la obra principal y más digna de mérito que realizó el General Huerta. Vemos figurar al frente de su Estado Mayor al hoy General Carlos García Hidalgo, tipo del perfecto caballero, decidido en los momentos álgidos de la acción; obediente a las indicaciones del general en jefe, eficaz colaborador suyo en las disposiciones generales de las marchas y combates, y que oculta bajo su finura una energía de bronce.

Tenía tres jefes de columna: el general Antonio Rábago, magnífico dragón y valiente soldado, capaz de cargar al frente de sus tropas como el General Ney con un fuste en la mano, y de llevarlas a la victoria con ímpetu irresistible. A O’Horan, que si no tiene brillantes cualidades, no desentona en el conjunto. Al bravo, al heroico coronel Manzano, de grata memoria, que tiene anotadas en su hoja de servicios todas las funciones de armas más importantes de su tiempo. Este coronel, enfermo del corazón, decidió la batalla de Bachimba con una bizarría digna de la epopeya, llevando al asalto a sus columnas como un veterano de la Vieja Guardia.

El Comandante de la artillería era el teniente coronel Guillermo Rubio Navarrete, hoy general popularísimo. Este jefe, lleno de juventud y de energía, que hizo sus estudios en la Escuela Superior de Guerra de Fontainebleau, obteniendo distinciones honoríficas, era una de las bases del éxito en la campaña del Norte. Jefe de gran prestigio, con inmenso magnetismo personal, capaz de levantar la emulación entre sus oficiales, llevándolos a la locura heroica, supo escoger sus elementos con todo cuidado.

Acababa de pasar por Morelos, donde hizo una campaña brillante y tuvo ocasión de aquilatar los méritos de sus futuros subordinados. Así lo vemos llevar-

se consigo a Rebollo, a Posada Ortiz, a Quiroz, a Caloca. Todos jóvenes, bizarros, generosos de su sangre y de su vida. Realizaron la parte más difícil y más seria en los combates. Lucharon con igual ardimiento y decidieron a la victoria a inclinarse del lado de los federales.

No puedo dejar de consagrar un recuerdo a Caloca, el magnífico oficial y grande amigo que murió en Chihuahua. En Rellano se cubrió de gloria. Era el tipo del valiente, del decidido a todo. Vigoroso, atlético, tallado como una estatua en piedra viva, su silueta fina y orgullosa lo hacía distinguirse entre sus compañeros. Era como casi todos nuestros oficiales, un gran sentimental.

A veces, en las charlas de guardia en prevención, se sentía antimilitarista y odiaba los cuarteles, donde sus impulsos ardientes se estrellaban en la frialdad de los murallones que encerraban nuestros días monótonos de guarnición.

Cuando la ola "libertadora" nos invadió, se sintió presa de fobia contra el maderismo. Todos creímos que el día en que fuera enviado a combatir, lo haría débilmente.

Sin embargo, en Rellano fué un león. Y cuando algún amigo le preguntó por qué semejante contradicción entre sus pensamientos y sus actos, contestó orgulloso, como el propio Cyrano de Bergerac, de quien heredara la nariz gascona y la grande alma altiva:

—Por el penacho, camarada!

¿Y qué decir de los oficiales de Gendarmes del Ejército, entre los que se contaban Luis Fuentes, actualmente yerno del General Huerta, y Ensastegui, que acaba de morir en Durango, que esforzado y lleno de entereza llevó a cabo un reconocimiento de oficial peligrosísimo y resultó herido en un muslo, soportando el dolor físico durante toda la batalla y dando parte "sin novedad" como un espartano?

La División del Norte, repetimos, es la obra más

completa del General Huerta. Fué el embrión del Ejército que ahora tenemos ocasión de admirar en todo su poderío. Con razón el mismo General, con ese afán de perdurar que sienten todos los hombres, ha fabricado sus modestas casas de Tacuba, bautizándolas: "Conejos", "Rellano" y "Bachimba".

Esta división fué el cimiento de la futura reconstrucción del Ejército.

COMO SURGIO EL PENSAMIENTO DE LA DIVISION DEL NORTE.....

La labor apenas se había esbozado. El Ejército, desmenuzado y deshecho por tres años de guerra, necesitaba de todo el esfuerzo de un reconstructor; y por eso, apenas llegado el General Huerta a la Presidencia, su primera preocupación fué el Ejército.

Cuando tuvo en sus manos el poder omnímodo de los decretos, de los úkases presidenciales, anduvo algunas semanas rumiando un proyecto gigantesco. Se necesitaban ochenta mil hombres. Se necesitaba armamento, parque, cañones, caballos, monturas, soldados.

Se necesitaba todo y no había nada. Las arcas del Tesoro sólo tenían ciento y pico de miles de pesos y la Patria agonizaba entre los brazos de un bandidaje atroz y de una rebelión funesta.

Y una noche, a las siete, el Presidente de la República, fatigado de oír peticiones en las salas artesonadas de Palacio (era día de audiencia pública) se retiró a sus habitaciones particulares, y quitándose el saco con esa simplicidad que constituye el fondo de su carácter, pidió un vaso de cerveza, como lo hiciera el más austero de los mariscales alemanes y dijo entre gruñón y sonriente:

—Estoy muy cansado. Me voy a dormir. Que nadie me moleste! Y se coló en su pequeña alcoba echándose en la cama vestido.

Pasaban las horas y los oficiales de Estado Mayor, que no estaban de servicio, comenzaron a retirarse, previa la venida del jefe, Coronel Maas.

Algún curioso atisbó por la puerta de la alcoba, dejada entreabierta, y vió que el viejo veterano, con la cabeza perdida entre los brazos y hundida en las almohadas, dormía.....

Sin embargo, no dormía. Pensaba. Pensaba en su Ejército, en sus divisiones, en sus regimientos de artillería, en sus airosos escuadrones de caballería y veía en su imaginación el desfile de una gigantesca columna que contaba con ochenta mil hombres, y que más tarde, cuando fuera preciso, formaría una muralla viviente ante el invasor.

A las tres de la mañana, el Jefe de Estado Mayor, que dormitaba en un sillón, se despertó bruscamente al oír la voz dominadora del Presidente que gritaba desde su recámara.

—¡Que venga un oficial!

El Coronel Joaquín Maas se adelantó aun vacilante por el exceso de sueño, y se aprestó a recibir órdenes:

—¡Un acuerdo! dijo el General.

Entonces, pausadamente, sin nerviosidades ajenas a su temperamento de acero, comenzó a dictar:

—“División del Distrito Federal. General en jefe, Aureliano Blanquet. Jefe de la 1ª Brigada, Guillermo Rubio Navarrete. Jefe de la 2ª Brigada, Samuel García Cuéllar. Estará constituida la primera brigada por el 29 Batallón, a las órdenes del Coronel Javier de Maure, por el Batallón de Zapadores a las órdenes del Coronel Felipe Álvarez. Tendrá tantas bocas de fuego, tantas ametralladoras, y siguió la enumeración precisa, exacta, de todos los elementos que deberían integrarla. Luego pasó a la segunda Brigada.

Y en seguida otro acuerdo. División del Centro, y la misma enumeración complicada y trabajosa. Di-

visión del Bravo, del Nazas, del Yaqui, del Sur en la Península de Occidente.....

A horas avanzadas de la mañana, el Presidente aún trabajaba con su jefe de Estado Mayor y el Ejército Nacional, por fin recibía el agua bautismal.

Para cristalizar tan vasto y hermoso plan, han sido necesarias una energía inquebrantable y una voluntad que no conozca los desfallecimientos. El primer obstáculo con que se tropezó para el aumento de los efectivos, fué el horror de nuestro pueblo para prestar sus servicios en las filas. Nadie quiere ser soldado, y de nada ha servido el aumento tan considerable realizado en los haberes de los individuos de tropa, ni la promesa a los que se enrolen en los cuerpos de seguridad de no ser enviados fuera de cierta región. Nuestros compatriotas prefieren morir de hambre a ser soldados.

Se recurrió a la leva, que es el único procedimiento de resultados prácticos conocido en nuestro país para formar regimientos. El modo habrá chocado a los enamorados de los Derechos del Hombre, pero la mayoría de la Nación está de acuerdo en que de dos males se escoja el menor. En momentos de angustia, cuando la salud pública está en peligro, no se puede ser un puritano.

Somos los primeros en lamentar que la leva, calificada justamente de odiosa, recaiga especialmente sobre los desamparados, y haga víctimas a los infelices que tienen encima el odio de los Prefectos, de los Alcaldes y de los Presidentes Municipales. Estamos convencidos de que en los rebaños humanos que pasan por las calles, entre dobles filas de soldados, y que se llaman “reemplazos,” hay innumerables sacrificados por la injusticia, y por eso, somos los primeros en pedir que cuanto antes se decrete el servicio militar obligatorio y se haga recaer el peso del contingente de sangre, sobre todos, pobres y ricos.

Pero mientras esta ley no exista o prácticamente no se lleve al terreno de la realidad, seguiremos acep-

tando la leva, como un mal necesario. Se necesitan hombres, hay que tomarlos donde se encuentren. Estamos seguros de que el general Huerta no vaciló ni un instante para ordenar las levadas. Este hombre es una línea recta y sus procedimientos son siempre inflexibles como una succión de puntos en una misma dirección.

Por eso, sonreímos con cierta lástima cuando vimos a los señores jueces de Distrito, atarearse con buena fe, digna de la mayor consideración, concediendo amparos tras amparos a los numerosos consignados al Ejército. Claro que a pesar de los esfuerzos, los reemplazos se incorporaban a las matrices de sus cuerpos mientras los señores jueces hacían presente su disgusto porque no se les atendía y porque la Ley era burlada por las autoridades militares.

La leva ha seguido y seguirá hasta que la Patria deje de exigir el sacrificio de vidas humanas."

Y el escritor podía aun haber citado en su apoyo a Cicerón exclamando: "Tú defiendes la ley, pero yo salvo a la República!" y la famosa frase napoleónica: "El que salva a la Patria no viola ninguna ley!"

El artículo que nos hemos complacido en reproducir agrega aun, para finalizar, estas entusiastas palabras:

Somos el baluarte de la América Latina.

Así fué como resolvió el general Huerta el problema de los efectivos. Empero, quedaba por resolver el armamento, el del abastecimiento de municiones y el de los diferentes servicios que exige el adelanto de la guerra moderna.

Se compraron automóviles o se requisicionaron, esto no lo sabemos. El hecho es que hubo automóviles para todas las divisiones. Se hicieron pedidos de cañones a Inglaterra y a Francia. Se compraron fu-

siles y carabinas a las fábricas austriacas y a las japonesas.

Europa nos ha enviado millones de cartuchos, millares de granadas, y sabemos que está por enviarnos la maquinaria necesaria para fabricar granadas de cañón.

El problema armado de la República, comprende, en pocas palabras, un aumento formidable que hará de México dentro de un año, una potencia militar, capaz de sostener, si llega el día aciago de una intervención, el hermoso papel que el Destino nos asignó por nuestra situación geográfica, colocándonos como el baluarte de la América latina, como el campo atrincherado de la Raza: tendremos **doscientos veinte cañones de diversos calibres, ochocientas ametralladoras y varios centenares de miles de fusiles y carabinas.**

Podremos poner en pie de guerra medio millón de soldados, medio millón de mexicanos que sabrán morir cuando la Patria esté en peligro.

Pero, desde luego, ya podemos darnos cuenta de los primeros resultados de esta militarización en grande escala, los hemos sentido de un modo que no deja dudas. Dos columnas, dos brillantes, dos poderosas columnas, han sido armadas y equipadas para la gran guerra y son las de Rubio Navarrete y Joaquín Maass. Ya las hemos visto a la obra. Ya sabemos que son fuertes y capaces de luchar y de triunfar y de llegar al fin que les indicara el vasto plan estratégico que se combinó en Palacio, bajo las indicaciones precisas de nuestro generalísimo."